

LA COMUNICACION DOCENTE SEGUN EL PENSAMIENTO DE GABRIEL MARCEL

I. COMUNICACIÓN Y DOCENTE

El tema de la comunicación no es algo nuevo. Tiene honda tradición. Séneca, San Agustín, Santo Tomás, entre otros, se plantearon con más o menos intensidad este problema.

Ha sido la filosofía existencial la que, al poner sobre el pavés una nueva concepción de la vida, ha incidido sobre la temática comunicativa a través del pensamiento de Jaspers, Sartre y Marcel.

Ya nos habló la vieja—y siempre nueva—Filosofía de que el hombre es un ser sociable. No es el hombre un *robinsón* de su existencia. Necesita del hombre para llegar a ser hombre. No es sólo biología, sino también biografía. Y ésta el hombre la escribe no en la soledad, sino en el bullicio de un mundo que le rodea y mientras está en marcha hacia otro Mundo que le espera.

El hombre, laboriosamente, penosamente, va tejiendo el tamiz de su existencia. Trae una vida al mundo y en el mundo realiza una vida. Entre lo que es, va siendo y aspira a ser está el juego de su existencia. Y este juego no lo hace en soledad. Junto a él está *el otro*, y ambos representan su papel. Ambos proyectan, ambos realizan. Y entre el proyecto y la realización dialogan. Su diálogo puede tener y tiene una infinita variedad de matices. Desde aquel frío, inerte, calculador, hasta el cálido, contagioso, altruísta...

En el dialogar se da la comunicación. No puede haber comunicación sin diálogo. Sentir solamente—nos dirá Marcel—no es comunicar. Comunicar es recorrer el velo tras el cual se esconde la vida íntima; es, por un lado, perforación—sin violencia—en la intimidad de la persona, y por otro, afloración natural, espontánea, de esa vida interior en una atmósfera de comprensión y simpatía (1).

El hombre es un ser capaz de comunicación, aunque no siempre está dispuesto a comunicar. En el transcurso de su existencia la ingratitud, la incompreensión, la infidelidad, la traición.. hacen mella de su vida, cerrándose para *el otro* y a veces para sí mismo. También la simpatía, el amor, la esperanza,

(1) Véase *La Comunicación entre existencias, según Gabriel Marcel*, Memoria de Licenciatura presentada a la Facultad de Filosofía y Letras, dirigida por la Catedrático de Historia de la Pedagogía, señorita María de los Angeles Galino, a quien el autor desde estas líneas envía su gratitud y reconocimiento.

la ilusión, la confianza... provocan en su vida un impacto positivo, abriendo su ser para sí mismo y para los demás en una intensidad y profundidad insospechada.

Por otra parte, el hombre tiene una urgente tarea que realizar: construir su vida. Llega a ser a veces problema tan acuciante en su existencia, que ésta puede quedar teñida de un matiz egoico, llegando a separar al hombre del hombre. Y sin embargo—nótese la paradoja—, hay hombres que a más de sentir una intensa preocupación por su vida, sienten una preocupación intensa por la vida de los demás. Entre estos hombres se encuentra el educador.

El educador es antes que nada hombre. Y como hombre se busca a sí mismo, planea para su futuro y construye su presente. Siente una seria preocupación por su vida y a lo largo de toda su vida. Y sin embargo, como educador, deja al margen algo de su vida, preocupándose de la vida de los demás. El educador, a lo largo de su existencia, ha adquirido una serie de conocimientos, de experiencias, que al mismo tiempo que van perfeccionando su vida, los pone a disposición de los demás en un acto de generosidad sin límites.

En tanto que hombre, debe preocuparse de sí mismo; en tanto que educador, debe preocuparse de los demás. Y de esta preocupación por los demás, de este ir perfeccionando a los demás, va a sacar el educador el jugo necesario para su propia preocupación y perfeccionamiento. Ya decía Sócrates: me interesa educar para educarme.

El proceso educativo se realiza a través de la palabra, del diálogo, de la comunicación; pero esta palabra, comunicación y diálogo van cargados de intencionalidad. El educador y el educando no están en un mismo plano de comunicación. Uno pretende gobernar, dirigir; el otro tendrá que plegarse a esta dirección y gobierno. Entre los dos media una distancia que responde a una cierta actitud. Instalarse educador y educando en una igual perspectiva de comunicación quizás sea imposible. Su problemática vital es diferente. Pueden aproximarse, pero hay que tener en cuenta que el educador está ya de vuelta de muchos de los variados caminos de la vida, mientras que al educando se abren estos caminos en una especie como de abanico y pretende recorrerlos todos con una insaciable curiosidad. El uno viene; el otro comienza a ir. Se encuentran un momento en el largo o corto camino de la vida, toman contacto, y el educador se pone a disposición del educando con todo su caudal de conocimientos y experiencias. El educando aceptará o no su dirección. Si la acepta, quizás se libre de muchos sinsabores en su caminar. Si no la acepta, quizás sienta sangrar sus doloridos pies, enredados en las zarzas de extraviados caminos, y un día querrá volver atrás. Y es posible que sea tarde...

El docente, pues, en el proceso educativo, juega un doble papel. Por un lado es hombre, y como tal siente una intensa preocupación por sí

mismo; por otro, es educador, y fervientemente desea ponerse al servicio de los demás. En él podemos distinguir una doble actitud: enseñar y dirigir.

Enseñanza y dirección. Dos distintas facetas que implican matices diferentes. El hombre, para enseñar, necesita de una mínima estrategia: Psicología y Didáctica; para dirigir precisa, además, de Ética.

Y la comunicación va a florecer con un distinto matiz según que su semilla se arroje en el campo del enseñar o del dirigir.

Si se centra en la enseñanza, quizás no nos sea lícito hablar propiamente de comunicación. Se trata más bien de una transmisión, en el sentir de Marcel. En esta actitud se transmite un contenido puramente objetivo, un saber ya constituido, científico, que vendrá a enriquecer el repertorio de conocimientos que sobre cualquier materia puede alcanzar un sujeto (2).

Ahora bien; si la comunicación se centra en la dirección, quizás pueda hablarse con más propiedad de una más auténtica comunicación. En la dirección, el docente no pretende transmitir o enseñar conocimientos históricos o matemáticos. Su labor es de menor rango intelectual y de más valor vital. Pretende en la dirección, en la orientación, enseñar a vivir a su dirigido; enseñarle a conocerse a sí mismo y al mundo que le rodea; a conocer el camino para resolver una serie de problemas personales que le molestan.

Y para realizar esta labor se precisa de un diálogo, de una comunicación. A través del diálogo, de la comunicación, puede florecer una inquietud que lleve al dirigido a saborear su vida y a una mejor adaptación entre sus nacientes posibilidades y las exigencias que la vida en el mundo le reclaman. Por la dirección se pretende encajar a cada hombre, a cada dirigido, en su sitio. Y para ello se precisa conocer al hombre. Y aunque a éste se le puede conocer través de sistemáticas observaciones, aplicación de baterías de tests u otras técnicas, no cabe duda que en este aspecto tiene un peso importante e insustituible la íntima comunicación entre educador y educando.

II. CLASES DE COMUNICACIÓN

La comunicación que se establece entre educador y educando en el proceso educativo puede ser muy diferente.

El hombre puede ser considerado por el hombre como un simple objeto, como una cosa más entre las cosas y objetos de este mundo. Y característica de los objetos y de las cosas es la de ser plegables, plásticamente moldeables a la intencionalidad del hombre.

El docente, frente a sus alumnos, puede caer en la tentación de considerarles como simples objetos. La comunicación que entonces establecería

(2) MARCEL, G.: *Journal Metaphysique*. Gallimard, París, 1949, págs. 175 y 316.

con ellos no sería radicalmente diferente de la relación que existe entre las piezas de una máquina (3).

En el mundo de los objetos no cabe hablar con entera propiedad de comunicación. Los objetos se yuxtaponen, no se penetran íntimamente. Y así, «podemos sentir con mucha intensidad—escribe Marcel—que alguien que está en la misma habitación que nosotros, alguien a quien vemos, oímos y podemos tocar, no está, sin embargo, presente... Está infinitamente más lejos de nosotros que un ser a millares de léguas. ¿Cuál es esta presencia que falta? No sería exacto decir que no podemos comunicarnos con el individuo que está a nuestro lado, pues no es sordo, ni ciego, ni imbécil. Está asegurada entre nosotros una cierta comunicación material, pero únicamente material, muy semejante a la que puede establecerse entre dos estaciones distintas, una receptora y otra emisora. Sin embargo, falta el elemento, esencial. Podría decirse que es una comunicación sin comunión y que por ello es una comunicación irreal. El otro oye mis palabras, pero no me oye a mí; está y no está presente. Está inmerso en su mundo. Y es allí a donde hemos de ir a buscarle para comulgar juntos ante una misma inquietud. Yo puedo transmitir en esta situación mi pensamiento, pero el otro no vibra conmigo, y es que, en el fondo, transmisión y comunicación se oponen absolutamente (4).

Esta actitud puede ser la de aquel que se dedica pura y simplemente a enseñar, a transmitir una serie de contenidos científicos. Aquí puede haber una intensa preocupación por el alumno, pero también una absoluta despreocupación por el hombre. Y cuanto más se llegue a pensar en el hombre como susceptible de proporcionar cierto rendimiento, mayor es la tentación de tratarle como una cosa, como un objeto, como una máquina... (5).

Y entre los objetos, entre las cosas, no cabe una comunicación. El objeto es algo impersonal, es algo que no puede darme una respuesta, porque es exterior al diálogo que puede entablarse entre dos seres. El objeto es algo con lo que el hombre se entretiene cuando dialoga con el hombre (6).

Y si el docente trata como simple objeto al alumno, está imposibilitado para entrar en comunicación con él. Las respuestas que le puede ofrecer son un conjunto de repertorios científicos adquiridos a través de un aprendizaje. Habrá una transmisión de contenidos, pero que no calan ni conducen del corazón del que enseña al corazón del que aprende. Y en el momento que *el otro* sea un simple objeto para el hombre, «ya no se mirará sino

(3) MARCEL, G.: *Decadencia de la sabiduría*. Edit. Emecé. Buenos Aires, 1955, página 47.

(4) MARCEL, G.: *El misterio del Ser*. Edit. Emecé, Buenos Aires, 1955, pág. 47.

(5) MARCEL, G.: *Idem, id.*, pág. 325.

(6) REBOLLO, A.: *Crítica de la objetividad en el Existencialismo de G. Marcel*. Seminario Metropolitano, Burgos, 1954, pág. 14.

oblicuamente al prójimo, en quien—como en el mundo de Sartre—no veré sino una amenaza» (7).

El alumno será para el docente, en este plano de comunicación, algo que le molesta, que le irrita, que le estorba..., sobre todo cuando en virtud de su personalidad rompe el molde de esa objetividad y no se pliega a sus intenciones. Y es que en esta actitud se escapa para el hombre lo mejor del hombre. Y lo mejor del hombre es su espiritualidad.

Si el docente se siente educador, debe ver en su alumno no un simple objeto, sino pensar que es un sujeto que lleva en sí eternos valores que dan pleno sentido a su vida.

El educador debe saber situar al educando, a través de la comunicación de éste, consigo mismo, entre esa sabiduría infinita del mundo del espíritu y esa suprema ignorancia del mundo de los objetos. Entre estos dos polos oscila el riesgo de su existencia.

No en vano nos dirá Marcel: «Il n'y a pas de vie sans enjeu... Cet enjeu, il me plait de le designer sous le nom d'âme...» (8).

Y el alma del hombre, del educando, no es ni puede ser un objeto. Puede ser salvada o perdida en el riesgo que supone la existencia humana, y ello, para toda una Eternidad.

El hombre debe aprender a comunicar consigo mismo. Y esta comunicación le irá llevando al fin hacia el cual su existir se ordena y le dará el combustible mental necesario para llegar con las gracias y dones que recibe de ese Más Allá hacia donde en definitiva se encamina.

Si el hombre se cierra para sí mismo y no hace problema de su vida; si no se supera día tras día con voluntad de creación, de renovación, llevará una existencia vacía de todo contenido, languideciendo y consumiéndose poco a poco como lámpara sin aceite.

Y misión del educador es aguijonear su conciencia, enfrentar al alumno con el alumno mismo, enseñarle a dialogar consigo mismo y con el Ser que le ha creado, para que sepa extraer de esta comunicación el jugo necesario con que sazonar los problemas que su vida le plantean.

En definitiva; los objetos entre sí no pueden entrar en comunicación, se yuxtaponen. Los sujetos, consigo mismo, pueden y deben entrar en comunicación, teniendo presente que una auténtica comunicación no puede darse jamás ni en el seno de la masa, ni entre los individuos concentrados en sí mismos» (9).

La verdadera comunicación se da entre sujetos—personas—, que son, en definitiva, los que tienen algo que decirse, porque en ellos hay todo un mundo interior y mucho que participar de él el uno al otro.

(7) MARCEL, G.: *Los hombres contra lo humano*. Edit. Hachette, Buenos Aires, 1955, pág. 28.

(8) MARCEL, G.: *Etre et avoir*. Edit. Aubier, París, 1935, págs. 102 y 130.

(9) MARCEL, G.: *Los hombres contra lo humano*, pág. 205.

En la comunicación entre sujetos, en la comunicación entre educador y educando, éste se abre a aquél, se da, se entrega, pensando que *dar es ya una forma de recibir*. A través de su comunicación plantea una serie de problemas, problemas que requieren urgente solución y que ha de intentar resolver el educador, contando con el esfuerzo del educando, en una actitud de comprensión. El educando busca apoyo en el educador para poder resolver los pequeños o grandes problemas de su vida, que empiezan a inquietarle; el educador no debe defraudar esta esperanza que en él se deposita.

Por otra parte, el educando no es como una piedra; no está encerrado en su contorno. Está inmerso en un mundo que le impone una serie de exigencias, y él pretende superarlas solicitando ayuda y abriéndose en comunicación. Solamente el inactivo o el desesperado—dice Marcel—es el que no da nada, porque se encuentra como arrojado y de sobra en el mundo (10).

A su encuentro debe salir el educador, porque puede influir en el educando, ya que éste no es algo hecho y definitivo, algo así como un mazacote existencial impenetrable. El educando tiene una falta de cohesión interna que le hace ser sensible a las inspiraciones que le vienen del educador, de su ambiente y de un Más Allá, en forma de gracias y dones.

Y aprovechando esta sensibilidad el educador puede orientar, puede dirigir al educando hacia la solución de sus múltiples y variados problemas. Por ello —dirá Marcel—, que la comunicación intersubjetiva tiene su raíz y base en la caridad mismo.

III. EXIGENCIAS EN LA COMUNICACIÓN

No siempre surge la comunicación intersubjetiva. Necesita de una atmósfera adecuada y el deseo por parte del educador y educando de entrar en comunicación. Aquél puede exigir a éste sinceridad, ya que cuando el hombre dice *la verdad* no sólo sirve a la comunidad suprapersonal que forma con su interlocutor, sino que contribuye a aumentar la fé del hombre en el hombre, a estrechar los vínculos que hacen posible una comunicación universal (11). El educando podrá exigir al educador paciencia, humildad, fidelidad, esperanza...

Paciencia para saber soportar los reveses de un fracaso después de haber puesto todos los medios a su alcance para conseguir un fin.

Paciencia que por otra parte consiste en no ofender *al otro*, en no mal-

(10) MARCEL, G.: *El misterio del Ser*, pág. 156.

(11) MARCEL, G.: *Prolegómenos para una Metafísica de la Esperanza*, Edit. Nova, Buenos Aires, 1954, pág. 166.

tratarle, en no tratar de sustituir con la violencia el ritmo vital *del otro* por el ritmo propio. A ese *otro* no hay que tratarle como una cosa desprovista de ritmo autónomo y que, por consiguiente, se puede forzar y plegar a gusto. Consiste en confiar en un cierto proceso de crecimiento o de maduración. Tener confianza, lo cual no quiere decir, simplemente, admitir en un plano teórico sin intervenir. Eso sería de hecho abandonar pura y simplemente *al otro* a sí mismo... Es un dejar hacer, un dejar estar; pero este dejar hacer, este dejar estar, porque se sitúan más allá de la indiferencia y porque implican un sutil respeto a la cadencia vital propia *del otro*, tiende a ejercer sobre éste último una acción transformadora análoga a la que a veces recompensa a la Caridad (12).

Paciencia para ir aguantando día tras día las exigencias de un educando que deposita en el educador toda su confianza para solucionar los diversos aspectos de su vida.

Humildad para reconocer que quizás una de las razones por las que no aflora una verdadera comunicación entre ellos debe buscarse en el sentimiento de superioridad que, con razón o sin ella, experimenta el que se imagina como encarnación de la sabiduría universal frente a un mozallete cuya loca presunción es necesario mortificar en lo posible... Entre el mayor y el menor se manifiesta el antagonismo que opone al que busca su vida como se busca un camino y lo alumbraba todavía con una luz vacilante, y al que pretende estar del otro lado de esa vida y, por otra parte, también de la suya propia, dispensando desde cierto lugar abstracto esas seguridades atesoradas con cariño. Se sobreentiende que esta antinomia está en el corazón de lo que se ha dado en llamar problema de las generaciones y que no puede recibir ninguna solución, propiamente racional o lógica, porque los antagonistas no están en un mismo plano, porque no comunican realmente y porque cada uno de ellos discute, no con el otro, sino con cierta idea del otro (13).

Fidelidad, porque toda comunicación intersubjetiva se ha de hacer al amparo de su sombra; fidelidad del educador para consigo mismo y para con el educando. Toda fidelidad responde a una promesa siempre elegible e implica una referencia a un ser garante. La fidelidad por antonomasia es la que se tiene a Dios. El hombre comunica con El y El es incapaz de traicionarle y, por ello, el hombre se da a Dios sin reservas, sin dobleces. Dios es el ser con el que el hombre puede relacionarse en todos los instantes de su vida porque Dios es capaz de *aguantar* un amor eterno hacia el hombre. Las demás fidelidades crecen al amparo de esta fidelidad.

El educador ha de ser siempre fiel al educando. Si un día no lo es

(12) MARCEL, G.: *El misterio del Ser*, pág. 44.

(13) MARCEL, G.: *Prolegómenos para una Metafísica de la Esperanza*, págs. 58 y 59.

se infiltrará en la comunicación una como especie de traición que vendrá a invalidarla. No hay traición que no sea una fidelidad truncada.

El temple existencial de un ser se reconoce y prueba en la fidelidad de que es capaz; la fidelidad no es exigible como no lo es el amor o la vida; la fidelidad es un testimonio, una atestiguación, nos dirá Marcel (14).

La comunicación del educando para con el educador supone generosidad. El educador ha de responder a esta generosidad con su fidelidad. Si el educando ve en él el más ligero asomo de traición, se repliega a su posición interior y ya nunca será eficaz el diálogo. Y quizá, a partir de aquí, el educando llegue a cerrarse para sí mismo, para los demás, para el mundo, para la vida..., haciendo de su intimidad y del trato con los demás hombres algo aborrecible.

Si el educador quiere influir en el educando; si quiere sugerirle que vaya por determinada senda, una vez que hayan entrado en auténtica comunicación, es preciso que en todos los instantes el educando no pierda la confianza que depositó en el educador, que éste le garantice a través de su actitud una auténtica fidelidad.

Si no hay comprensión ni fidelidad el educador no puede esperar nada del educando. Y si no espera nada es porque en éste se ha secado la fuente de una esperanza, el brote de una ilusión. Y entonces el educador también será para el educando como un objeto que se cruzó en su camino y no puede esquivar, pero que lo hará en la primera ocasión que se le presente.

Y así —como dice Marcel—, si la fidelidad es un bien supremo, el conflicto entre fidelidades que se combaten es el más grande de los males. Una causa es buena no sólo para mí, sino para la humanidad en la medida en que está al servicio de la fidelidad de nuestros semejantes (15).

Y por último, esperanza en que tarde o temprano surgirá una comunicación, ya que el educando es un hombre y ser hombre no quiere decir simplemente presentar ciertas características biológicas, sino que quiere decir vivir humanamente ..., donde la conciencia puede desarrollarse en tanto es al mismo tiempo conciencia de sí y de los demás y de una realidad que trasciende dicha oposición (16).

Esperar no quiere decir para el educador sumergirse en una pasividad absoluta en espera de acontecimientos, sino esperar que con su esfuerzo irá poco a poco modificando lo que imposibilita una sana comunicación; esperar creyendo en el educando; esperar preocupándose de la situación concreta de su existencia y de la del prójimo. Creer en el educando, tener confianza en él, estar seguro de que no traicionará su espera, de que responderá

(14) MARCEL, G.: Idem, íd., pág. 144.

(15) MARCEL, G.: Idem íd., pág. 166.

(16) MARCEL, G.: *Decadencia de la Sabiduría*, pág. 72.

a ella, de que la colmará, aunque esta seguridad no sea una convicción, sino un salto, una apuesta que puede perderse (17).

Esperar interviniendo de alguna forma en ese educando pendiente quizá sólo de sí, de su pequeño mundo, de su vida, y darle una acertada dirección de marcha que le haga salir de sí en busca de los demás.

Y así, donde hay esperanza se puede decir que el alma es una viajera que va explorando caminos, aunando voluntades, intensamente dialogando, inundando todo de luz... Y en este caminar, largo o corto caminar, el educador debe salir al encuentro del educando, de ese educando encerrado en sí mismo y suministrarle el alimento material y espiritual necesario, que atenué su cerrazón y su desconfianza en el mundo de los hombres. Desconfianza que puede llevarle a no esperar nada de sí mismo, ni de los demás, ni de la vida... El educador debe salir al encuentro de ese educando y gritarle: Dios espera en ti para nosotros.

Si el educador se sitúa en una actitud de indiferencia, si sigue tratando a sus alumnos como simples objetos, si no ve en ellos unos seres dotados de libertad y voluntad y se limita solamente a una transmisión de contenidos científicos sin una proyección de espiritualidad, quizá algún día le puedan decir lo que Marcel escribe: «Se diría que has sido puesto en mi camino para señalar con barreras de odio la separación entre lo que soy y lo que aspiro a ser. Has sido mi desgracia. Has sido el ser que no ha cesado de arrastrarme hacia abajo, mostrándose la imagen más desalentadora de mí mismo» (18).

IV. CONCLUSIÓN

En el horizonte pedagógico se va perfilando con cierta intensidad una principal misión del educador: canalizar, dirigir, orientar la vida del educando.

¿Y con qué medios cuenta el educador para realizar tal misión? ¿Es posible conseguirla sólo mediante la transmisión de un contenido científico? ¿Es que basta conocer la virtud para practicarla...? He aquí una serie de interrogantes a los que el educador ha de responder que no dispone de otros medios sino de aquellos de tipo intelectual que la sociedad le brinda.

El Profesor, el Maestro, tienen un trabajo específico: enseñar. Y si su actividad la centran sólo y exclusivamente en la enseñanza, difícil es que puedan llevar a cabo su misión directiva. En el enseñar simplemente existe una inmensa distancia entre alumno y profesor, sus relaciones son indirectas a través de un contenido científico. Y ante esta actitud es poco menos

(17) MARCEL, G.: *El misterio del Ser*, pág. 266.

(18) MARCEL, G.: *Teatro: Roma ya no está en Roma...* Edit. Losada, Buenos Aires, 1953., Acto cuarto, escena cuarta.

que imposible que surja una comunicación. La comunicación aflora en un ambiente más propicio, en un clima más adecuado.

Surge allí donde el Profesor o Maestro, aparte de enseñar latín o matemáticas, se interesa por el problema humano del alumno. Y no solamente en una actitud de contemplación, de saber cómo es y aquello que le pasa, sino con un profundo y práctico deseo de encontrarle una adecuada solución.

Solución que puede prever a través de la íntima comunicación con su alumno; a través de los resultados que le brindan la aplicación de una serie de técnicas; a través de los informes de las personas con las que está en contacto directo aquél. Y solución que puede ser alcanzada mediante la elaboración de un plan a seguir, realizado por el alumno con su propio esfuerzo.

En el momento actual lo que quizá haga falta sea que el docente se dé cuenta de que su misión no se agota con el simple enseñar; que es más profunda y arriesgada; que debe entrar en una relación personal y directa con su alumno. Y a partir de aquí, cuando el alumno se dé cuenta de esta actitud del docente, cuando sea ganado por su prestigio, comprensión y desinteresada ayuda, cuando exista una auténtica aproximación de la cátedra al pupitre, entonces surgirá ese clima de confianza, de simpatía, de amor, donde podrá abrirse la intimidad en una fecunda comunicación.

V. ARROYO DEL CASTILLO.

Profesor de la Universidad de Madrid